



**LITERATURA Y  
ETNOLITERATURA MAPUCHE**



**UN MUNDO POR UN REINO:  
EL REY DE LA PATAGONIA, DE ANGELINA COIÇAUD**

**Silvia Bittar**  
**Universidad Nacional de la Patagonia**

*Este estudio comienza con una navegación y termina con una reflexión...*

El leit motiv del viaje –que funciona como constante en la narrativa patagónica- trajo hombres que buscaban respuestas y ofrecían alternativas para afrontar el complejo e inasible mundo de fines del siglo XIX . En el siglo XX, la novela: **El rey de la Patagonia**, de la escritora comodorense Angelina Coiçaud<sup>i</sup>, reactualiza la isotopía del viaje y relata la epopeya de los hombres que –según Todorov- se lanzaron al “descubrimiento que el yo hace del otro”.<sup>ii</sup>.

El episodio de Orllie es histórico y ocurrió sólo unos años antes de la llegada de los galeses a las costas patagónicas, cuando esta parte del continente era un verdadero problema para las autoridades argentinas . Un hombre siente el imperativo de viajar a la Patagonia con la finalidad de establecer y presidir un reino y, a la manera del hidalgo cervantino, imponer justicia y orden, y borrar fronteras con Chile para hermanar a los grupos aborígenes con asiento en ambos países. Así, La nueva “nación” surgió con el nombre de “Reino de Araucanía y Patagonia”. Con el tiempo, se redactó una constitución, se instituyó una bandera, se crearon moneda, títulos nobiliarios, gabinete y todo lo necesario para instaurar formalmente el reino.

### **El rey...¿de la Patagonia?**

El texto de Angelina Coiçaud desde el título presenta: a un "rey" y a una región: "la Patagonia". En la novela aparecen intercalados fragmentos de lo que serían las memorias de Orllie Antoine junto a otros que desarrollan la acción en la novela.

En el texto aparecen ficcionalizados hechos reales y un personaje como Orllie Antoine que, tal como lo presenta el relato, en la evocación de Pierre aparece diseñado con una personalidad pequeña e insignificante, con una infancia signada por la soledad y la ruptura espiritual con los otros. De esta manera podremos explicarnos el contraste que existe entre el tamaño de su empresa y un accionar dirigido a acercarse y ser comprendido por otros que no comparten con aquel ni sus vivencias ni su historia. Entonces, comprenderemos que la ficción fue una tentación para describir una realidad que parecía inventada de antemano.

En la novela **El rey de la Patagonia**, el viaje a tierra americana, a la Araucanía chilena y a la Patagonia argentina, es la isotopía que articula los sueños de grandeza de Orllie Antoine 1° de Tounens, el Príncipe de la Araucanía, y las apetencias de los escuálidos ministros que lo acompañan en esta empresa.

Orllie sueña y es rey de un lugar lejano y misterioso, "se llena de gloria y las estatuas restauran su nombre y su cara en los bosques, sobre el espejo de los lagos"(29)... No deben sorprendernos su temeridad y arrojo en estas tierras del sur. Casi al finalizar la lectura nos enteramos de que el protagonista ama al Quijote, a Marco Polo y al Amadís de Gaula, personajes históricos y de ficción que se transforman en los arquetipos a los que él pretende, inconfesadamente, emular. En otro lugar y en otro tiempo, Orllie encarna, también, al alucinado Pigafetta, al asombrado Colón y a tantos otros cronistas que dijeron ver lo que imaginaron.

El francés se siente llamado por una fuerza poderosa a acometer *“una empresa descomunal”*(14): viajar a América del Sur a tomar posesión como rey de las tierras de la Araucanía y de la Patagonia. Lo han hecho acreedor de este mandato los llamados del cacique Mañil, quien lo insta a venir a las tierras del sur, a fin de preservar la soberanía en un territorio habitado por aborígenes que esperan la pronta organización de sus tribus. La carta del cacique tiene ecos que retrotraen, necesariamente, a la mansedumbre del pueblo mexicano cuando aceptó, sin oponer resistencia, a los “dioses blancos” pronosticados por las profecías.

### **Mañil y los signos...**

El cacique araucano había puesto su fe en un fantástico hombre blanco vaticinado por los oráculos como salvador de la estirpe y conductor de los pueblos del Pacífico. Los hombres que arriban a la Patagonia vendrían a cobijar y a guiar a un pueblo desorientado:

*” Nguenchén me ha confesado, en una de sus apariciones, que falta muy poco para que se cumpla el oráculo de nuestros antepasados, de los antiguos. Un hombre blanco está por llegar. Vendrá desde lejos, a través del mar. Cuando esté sobre la ñuque mapu será admirado y respetado por nosotros, porque su misión es protegernos, evitarnos cualquier mal. Este hombre blanco será un verdadero peñí al que debemos querer y obedecer. El no será como el resto de los huinca que nos roban la tierra y por eso, peleará con ellos, y nosotros iremos al frente de sus ejércitos si así lo ordenara el peñí que nos anuncia Nguenechén”... (38)*

Esta situación, sumada a los delirios soberanos de Orllie y a los afanes monetaristas y europeístas de los que serán sus ministros –Lachaise y Desfontaines- son el acicate que impulsa el viaje a tierra desconocida. Pero de mismo modo en que la codicia no fue el principal móvil de Colón, si bien ésta le importaba para lograr el reconocimiento en su papel de conquistador, a los tres europeos los une una rara mezcla de paternalismo y de ambiciones. Sin embargo, a medida que el tiempo transcurre, el proyecto de Orllie Antoine, en el sentido de realizar una confederación monárquica constitucional entre las repúblicas hispanoamericanas, se irá divorciando de los propósitos de sus ministros, más atados a fines pragmáticos. La escisión entre las apetencias de los diferentes actantes novelescos realza la del futuro rey y desacredita la de sus ministros. En este sentido, consideramos que el francés encarna al colonizador blanco y bueno de la conquista y los ministros a los ambiciosos. Desfontaines, entonces, dice:

*“De nuestras tácticas dependerá el éxito. Debemos usar una palabra convincente, pero activa. Tendremos que comprender, ante todo, a esas desprotegidas criaturas que para algunos ni siquiera tienen alma. Son tristes seres de la naturaleza en estado casi virginal. Hay que amarlos para conducirlos”. (25).*

El viaje será eterno y, del mismo modo que las carabelas, “el barco parecía la cáscara más leve del árbol” y Orllie, si pudiera, en el trayecto, “escribiría un diario de viaje”(45). A medida que el tiempo transcurre, Lachaise y Desfontaines, paulatinamente, se van desrealizando insulsos y descoloridos al punto de sentirse vacíos, ministros de la nada, mientras que la distancia en Orllie Antoine exacerba su individualidad soberana y sus delirios de equidad y respeto:

*...“Como rey de este lugar proclamo que mi séquito vista las plumas del guanaco. Que se entonen cantos bíblicos, en honor a mí. Que los hijos de estas mujeres celebren mi nombre antepuesto al nombre de sus padres. Que la siembra y la cosecha se detengan a mi paso. Yo, el rey, no quiero el oro de los incas ni el sacrificio de los aztecas, propongo la fidelidad de mi pueblo”... (18)*

El pueblo araucano recibe a la comitiva con los honores y su ceremonia ritual –el Camaruco– los caciques respetan al hombre blanco y su silencio les asegura el estar ante un ser enviado por los dioses. En suelo americano los europeos tienen la sensación de presenciar los primeros momentos de la creación; sus pasos perdidos en la naturaleza precordillerana patagónica los hacen mimetizarse con ese paisaje distinto y alucinante al punto tal que *“en algún lugar de su respiración ya cabía esa identidad con la tierra americana, nueva y salvaje”*(37).

La Araucanía no es el único centro de interés de los franceses, sus ambiciones imperiales son más grandes: llegar a la Patagonia argentina por los pasos menos escabrosos de la cordillera de Los Andes. Resulta necesario borrar las fronteras y al rey no le interesa que esa tierra sea de tehuelches, araucanos o mapuches siempre y cuando ellos le posibiliten gobernar a cambio de sus loables propósitos, por eso les dirá:

*“Yo les prometo la tierra y la libertad porque ustedes son los dueños verdaderos de la Patagonia. Desde el río Negro hasta el estrecho de Magallanes y desde Los Andes hasta el Atlántico es dominio de ustedes, los hijos del gran Futa Huentrú. Yo he oído sus mensajes, la recomendación de asumir la organización de este reino y el de la Araucanía. Ustedes son también responsables. Deberán mantener la paz a costa de cualquier circunstancia”... (83)*

Los relatos de viajeros fueron los primeros que inauguraron oficialmente una imago para América latina, que, por otra parte, ya había diseñado la imaginación. Lo que se inauguraba, con estos relatos de viajes, era nada más ni nada menos que la necesidad del hombre de indagar en sus propias utopías.

Un lector competente no puede dejar de advertir que en la novela de Angelina Coiçaud se inscribe un enunciado ausente –el de las crónicas– a partir de la elección de un conjunto de procedimientos estilísticos que suponen la voz de otro tras la voz de la narradora. Los diarios de viaje y las Cartas de relación fueron utilizados en la novela de Angelina Coiçaud como hipotextos en el sentido de instaurar una fuerte tensión entre el complejo referente americano (patagónico) y las formas enunciativas que van a representarlo.

### **La creación del paraíso...**

Tal como en las crónicas: la naturaleza, el paisaje de la Patagonia y los hombres que protagonizan los sucesos narrados constituyen los centros de interés en esta novela. En este sentido asistimos a la “creación del paraíso”. Tanto Colón como Orllie Antoine saben de antemano lo que van a encontrar. El texto que nos ocupa dialoga discursivamente con las crónicas y los diarios de viajes del siglo XV y XVI escritos por españoles y franceses. A la novela no le falta ningún ingrediente que impida establecer situaciones de transtextualidad con las fuentes que se han enunciado.

La ambigüedad referencial del discurso que oscila en una especie de equilibrio inestable entre la descripción de las percepciones de los objetos y de los acontecimientos patagónicos, por una parte, y la fabulación de un espacio mítico que deduce una imagen utópica del mundo patagónico chileno y argentino, incita a que se interpreten ambos



procedimientos enunciativos como elementos constituyentes de un mismo objeto cultural, articulado interna y externamente, tanto en el plano de la manifestación y del contenido lingüístico como en el de la recepción.

La naturaleza oficia a veces como sujeto, y se carga de connotaciones amplificadas, también aparece como objeto y como ayudante, porque se avizora que el hombre puede trabajar esta tierra porque es pródiga y dará los frutos esperados.

Este imaginario, en donde el hombre se mueve entre pliegues y duplicidades, fragor de rupturas y de fundaciones, provoca que su primera manifestación sea la de una transformación que anula o transgrede lo real para crear, en el vértigo de la alteridad, la ilusión de un mundo posible.

En la novela se enuncian todos los semas que caracterizan a la región desde una visión eurocentrista. La asociación Patagonia-desmesura-primitivismo resulta inamovible y refuerza la idea de fin de mundo. En la región "*desamparada*" e "*inatrapable*" en donde no fue posible concretar los designios que la razón occidental/imperial había trazado para justificar su propia expansión: "*el orden*," "*la transformación de las costumbres*", "*la instauración de unos dioses por otros*", "*la superposición de otros nombres a los ya asignados*," "*la cosecha en los dominios del viento*"... De este modo los sueños monárquicos, los intentos de posesión, la necesidad de ser famoso y galardonado del personaje pasan a ser sólo un proyecto que no pudo concretarse.

Se advierte una evidente absorción de elementos formales de las crónicas y el intento, no siempre claro, por forjar una transformación orientada hacia la desmitificación de la historia oficial del "descubrimiento". No obstante, no se actualiza plenamente la denuncia, como tampoco se vislumbra el desenmascaramiento de las nuevas formas de ocupación y saqueo que ya en el siglo XX revelan situaciones de índole

neocolonial. El nuevo colonizador aparece encarnado en la figura de un rey noble, ecuánime y respetuoso a quien los sueños de poder no obnubilan al punto de no escuchar al que considera "su" pueblo.

En el texto se produce una situación un tanto ambigua de rechazo y/o de reivindicación de la barbarie en la cual palpita la tesis colonialista que se expresará en diferentes tiempos con distintos nombres: atraso y desarrollo, subdesarrollo e industrialización, tercer mundo y primer mundo.

### **Las tierras del sur...**

En la novela **El rey de la Patagonia** se advierte la necesidad de que los márgenes cuenten sus propias historias, esta inversión epistemológica, el contar "desde abajo hacia arriba"<sup>iii</sup>, instaura la voz local en la espesura de la hegemónica, global y canónica. Esta actitud supone que las historias son muchas y que la distinción de centro y periferia<sup>iv</sup>, colaboró para que se tomara conciencia de que las periferias pueden, también, ser el centro. El texto juega con la historia, con la realidad, y desde una posicionalidad localizada textualiza a un personaje, Orllie Antoine, quien parece buscar su propia salvación en la cultura periférica. Se restituye, de esta manera el espacio para la producción de la historia local; se trata de reconocer que existen diferentes voces, diferentes formas de situar los hechos y que éstos marchan en otras tantas direcciones que la cultura debe subsumir. De este modo, se promueve el nacimiento de una utopía que permite dar el salto por encima de los muros de la periferia, a la que la mirada europea y la de los centros del propio país concibieron para la región del sur.

## NOTAS

---

- i Coiçaud, Angelina. 1984. **El rey de la Patagonia**., Edic. Procultura, Comodoro Rivadavia, Argentina. El número de las citas corresponde a esta edición.
- ii Todorov, Tzvetan. 1987. **La conquista de América**. Siglo Veintiuno Editores, \_México Las citas corresponden a esta edición.
- iii Ver Mignolo, Walter. 1997. “Espacios geográficos y localizaciones epistemológicas”. (En: **Dissens**. Revista Internacional de Pensamiento Latinoamericano, N°3, 1997).
- iv Mignolo adjudica a Wallerstein la distinción entre centro y periferia. Ver Op. Cit. p.4.

